

LA BANDEJA DE LOS ECOS SIN DUEÑO

*Arrancando palabras a las paredes
y dándole puntapiés a los silencios.
Los pasos se convierten en olas
que estallan a cada paso
y el tiovivo ya no lleva caballitos,
ni los libros suficientes hojas
para envolver los dedos.*

Con una cincuentena de veranos e inviernos a su espalda, seguía simulando entender mientras le hablaban, pero su mente estaba en otro lugar, no muy lejos; lo suficiente para tener que estar en un constante ir y venir. Era realmente un suplicio salirse de si mismo para atender a los demás, ofrecerles la sonrisa que pareciera verdadera; como unos gestos que, aunque exagerados, no manifestaran su superficialidad, con una mirada que mostrara más hacia fuera que hacia dentro y de esa forma al finalizar, no sospecharan nada.

Jesús trabajó desde siempre en la ferretería familiar, cara al publico, al principio le agradaba, era interesante aprender de los demás como se desenvolvían, sus gestos, sus expresiones, sus ademanes. Pasaron los primeros años y paulatinamente fue perdiendo el interés, consiguió ser un “maestro adivinador” de los comportamientos de los demás... aprendió que cada cual empleaba su propia táctica... unos sonreían, aun estando enfadados; otros permanecían serios, aun estando contentos; otros entraban sin apenas oírles; otros se les oía, antes de entrar... los apresurados, los impacientes, los tímidos, los sarcásticos, los graciosos... había de todo.

Una cosa permanecía inalterable, él era quien les debía atender, nunca se sintió superior por el mero hecho en encontrarse en la otra parte del mostrador; entró tan joven, que siempre fueron los demás los mayores. Aprendió que cada uno era como era, que aunque en sus primeras visitas algunos de sus gestos eran forzados, con el tiempo afloraba su verdadera personalidad... difícil acordarse que gestos tenían que volver a repetir en cada visita. Jesús asumió el aceptar a cada uno tal cual era, tratando de que no hacerles sentir incómodos... y así, al gracioso, le reía las gracias; callaba con los sarcásticos, para que se supieran vencedores; ayudaba a los tímidos, porque lo necesitaban; se daba prisa frente a los impacientes...era como un medico que, según el enfermo, aplicaba un tratamiento u otro para aliviarlos.

*Cuando los paseos
se transformaron en pasos retenidos:
ni las luces, ni las ausencias
encontraron quien las plagiera.*

Cada mañana, a la primera pisada fuera de su casa, sentía que los zapatos se hinchaban de peso y levantarlos para seguir avanzando fuera todo un heroísmo, hasta los ojos se le rebelaban, dejando de mirar al frente, mientras caminaba. Tratando de centrarse en aquello que irremediamente dejaba atrás, brazos caídos, las manos doloridas y la cabeza aguantando unos ojos que le parecían tan ajenos como el lugar al que se dirigía.

Ni las flores de los jardines, ni los pétalos que les arrancaba, para poder despertar su olfato, le podían aliviar de el camino; del duro puente tendido desde su casa al trabajo.

*Trabajo; que ni traba, ni bajo
Trabajo, que no ensancha
Trabajo, que engancha
Trabajo... que mancha*

El tufo de los metales, el olor vaporizado de la concentración de óxidos, escapaban por la puerta nada mas abrirla, dándole los ¿buenos días?. Su nariz de llenaba de olores que le dolían, aun siéndole familiares; siete minutos allí dentro y desaparecían por obra de encanto y gracia; era el pequeño coste para no tener que soportarlos todo el día.

Se embutía en el traje de trabajo, una bata azul, que parecía su propia piel desgastada por los lugares que mas roces recibía, codos, cuello, bocamangas y bolsillo izquierdo, que continuamente recibía y expedía a sus manos un minúsculo lápiz ya casi eterno.

La mayor parte del tiempo de pie, mirando fijamente la mesa, llena de las huellas que el tiempo le había infligido, acariciándole los surcos, ordenando lo desordenado y paseando sin saber adonde... a veces a la ventana, otras la puerta, otras a releer las características ya olvidadas de las etiquetas; pero todo de pie. Hay leyes no escritas que dicen que los dispensadores de las ferreterías nunca deberán sentarse, bajo pena de no poder levantarse.

Siguiendo con la uña la ultima cicatriz de la mesa, la mas nítida, la mas limpia, reflexionaba sobre el que no creía su mundo... Se sentía mas condenado que si un juez malévolo le hubiera querido gastar una broma de mal gusto, ¡ Te condeno a que tu mismo te crees tu propia cárcel y que te sea imposible escapar, aun teniendo libertad para hacerlo!... no puedo salir, no puedo abandonar, jamás una condena es tan bien cumplida como cuando uno mismo acepta ser preso y carcelero a la vez.

*Alimentos que nutren,
ignorantes, sin saber
que serán capturados por un cuerpo
que los transformara en heces.*

Desayunado en casa, y a mitad de mañana, un tentempié, mas por romper la rutina que por hambre contenida y poder sobrellevar mejor el resto del tiempo hasta la comida. De once a once y media escasean los compradores y escaseo yo. Cada mordisco, cada masticación es la conciencia plena que por mi mismo no sobreviviría, los alimentos me son tan necesarios como la reclusión. Sus olores se mezclan con los de los óxidos y se repite la desgana.

Siete escasos minutos para llenar el cuerpo de un combustible que enriquecerá la sangre, extrayendo las esencias alimentarias, dejándolos insustanciales. ¿porque no alimentara el olor a metales...?. Las leyes no escritas recomiendan comer de pie, mientras se camina, bajo pena de quedar paralizado..

Metales, amigos de los inviernos ¿por qué no alimentará su olor...?

Ver pasar las horas, los minutos, los instantes, sin que nada cambie, puede que solo sea una sombra de alguna estatua rota y que mis pensamientos solo manifiesten sus bordes... ¡entra alguien...!

Ya se fue, apenas doce instantes para atender sus peticiones y dejar de existir en mi cabeza, un poco menos de genero... un poco mas de aire en el almacén. Pasan las horas lentamente, hasta los gorriones apenas se paran un instante, mientras yo, aquí, debo permanecer en esta cárcel de barrotes invisibles.

Arriba, abajo, arriba, abajo... no pasan las horas, ya les cuesta a los instantes, sigo sin aprender a escapar y lo inmediato no me deja olvidar el futuro.

*Las ventanas rotas
denuncian a sus amos
y las puertas abiertas
convidan a extraños
a los que nos es negado morder.*

Sin darse cuenta que sus pasos ganan en rapidez al marchar, que el interés pierde constancia en el camino, que la mirada se posa en lo lejos, así caminaba, apenas dejado atrás el calabozo...

Y en la casa, esclavo de imagenes distantes, sentado frente a la única ventana con movimientos ajenos y que invitan a no pensar, el televisor.

Con la mente dolorida, mas por pensar en mañana que en ayer, dejándose llevar por lo que unos actores, encerrados en una vitrina acristalada, interpretaban; sin dirigirle ni una sola mirada al telespectador.

Jesús duerme, sabiéndose culpable... como los eternos segundos antes que el juez dicte sentencia.

En cuanto despierte, volverá a su condena y sus pasos se acortaran, su mirada se volverá cercana, su respiración mas superficial y sus pensamientos mas opacos.

Queda pensar... que es afortunado, sin saber que es el propietario de su propio calabozo en el que él era es carcelero.